

[Grandes derrotas para seguir andando el camino](#)

Enviado por caroline el Lun, 05/24/2010 - 06:00

Antetítulo (dentro):

GENERACIÓN BEATNIK

Sección principal:

[Culturas](#)

Cuerpo:

Jack Keroauc comenzó lo que podríamos llamar su vida en la carretera a finales de los años '40. Ni él ni nadie imaginaba entonces que la enloquecida crónica de sus viajes, que se publicaría apenas una década más tarde, se convertiría casi instantáneamente en la obra fundacional de la contracultura estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Junto a una panda de poetas alucinados y escritores excéntricos, el "heredero de Charlie Parker" recorrió América del Norte de punta a punta a ritmo de *bebop*. De Nueva York a San Francisco, de Nueva Orleans a México; haciendo autoestop, en coches prestados o robados, de polizone en viejos trenes. Los padres de la generación *beat* renunciaron a la confortable rutina que el Estado de bienestar prometía y se lanzaron a buscar el sueño americano en alguna otra parte, a través de autopistas interminables, mientras destrozaban a su paso las convenciones morales de su sociedad.

La carretera se convirtió en una forma de vida y en un fin en sí misma -el viaje exterior, casi épico, como metáfora del viaje interior; el *western* transformado en *road movie*- donde la literatura era el medio que ponía en contacto dos realidades, la objetiva y la subjetiva. Saltándose las barreras entre prosa y poesía, entre ficción y no ficción, los beats recuperaban la actitud y las técnicas de las vanguardias artísticas de principios del siglo XX: ruptura de los géneros

literarios, escritura automática, libre asociación de ideas, ir colocados hasta las cejas... El bop se encontraba con el dadaísmo y el surrealismo en *On the road* (En el Camino) y en sus personajes, una generación carente de ideología para muchos, tachada de amoral y excesivamente hedonista; a veces, excesivamente brutal.

Sin embargo, sí había ideología en este lenguaje de música salvaje; en el jazz, el sexo, el alcohol y las drogas, más allá de la patada en el culo al establishment. No veían el mundo dividido fundamentalmente en izquierdas y derechas -aunque la mayoría de ellos se definía claramente en este aspecto-, ni siquiera polarizado en los bloques capitalista y soviético. La línea que para ellos separaba lo positivo de lo negativo, lo bueno de lo malo, era vivir la vida o quedarte sentado mientras te la contaban. La obra, la novela, el poema era su forma -la única que conocían, quién sabe- de hacer la revolución.

Viejos beats, nuevos hipsters

Lo cierto es que en Estados Unidos este comportamiento no resultaba totalmente sorprendente. Era más o menos habitual entre las clases altas, en los jóvenes que, como en *El gran Gatsby*, se aficionaban a la música negra y a todo tipo de sustancias que aliviaran el insoportable aburrimiento que producía el tiempo de ocio.

Tenía cabida también incluso en ambientes lumpen, entre individuos de entornos marginales, prescindibles. Pero que las clases medias, hombres y mujeres blancos con estudios universitarios, rechazaran la sociedad de consumo de masas, la nueva edad dorada del *american way of life* -una vivienda unifamiliar con jardín en los suburbios del mundo libre- para

perseguir a músicos de jazz a lo largo y ancho del país, era algo impensable para la biempensante sociedad de ese país. Algo que no se podía entender ni tolerar.

Así que la sociedad estadounidense hizo lo que acostumbran a hacer las sociedades biempensates en estos casos. Primero: etiquetó el problema. Los *beats* –palabra que entre sus numerosos significados puede traducirse como estar hundido, golpear, latir o ritmo– pasaron a ser *beatniks*, en referencia (idea de un periodista de San Francisco) al satélite Sputnik lanzado en 1957 –el mismo año que veía la luz *En el camino*–.

Para el pensamiento conservador norteamericano, que tenía muy presente la reciente caza de brujas del senador McCarthy, el nulo interés por los valores nacionales del movimiento *beat* se debía sin duda a su alineación soviética. Una vez identificado el enemigo, sólo quedaba perseguirlo. Y se hizo: autores como Ginsberg o Burroughs, por ejemplo, tuvieron que enfrentarse constantemente con la censura y la justicia a causa de sus textos. Pero, a pesar de la reacción, ya era tarde: las semillas estaban plantadas y germinando.

Atraídos por la libertad de esta forma de vida, un número cada vez mayor de jóvenes hipsters –o como comenzaron a llamarles los veteranos, entre condescendiente e irónicamente, hippies– invadieron las ciudades que la generación *beat*, en sus libros, había hecho suyas, inundando de artistas, pintores, músicos y poetas ‘Frisco’ (San Francisco) o Nueva York. Pero también llegaron personas más interesadas en la forma que en el contenido. El movimiento, en pocas palabras, se fue poniendo de moda. Los planteamientos estéticos empezaron a perder gran parte de su significado ideológico. Los excesos perdieron

su carácter subversivo, de rechazo de lo convencional. Muchos hippies se desvincularon de la ciudad, marco de las luchas sociales. Dos de los principales aspectos que los beats habían ensalzado durante sus viajes, la experimentación con drogas como fuente de inspiración e iluminación, y la búsqueda de nuevas formas de espiritualidad y el retorno a la naturaleza, se estaban convirtiendo en el particular talón de Aquiles de la contracultura estadounidense. “He visto los mejores cerebros de mi generación destruidos por la locura”, declaraba Allen Ginsberg en Aullido.

Derechos civiles y Vietnam

Pero al mismo tiempo, una parte importante de los herederos del movimiento beat se radicalizó y abrazó las luchas políticas que se desataban por todas partes, con la Guerra de Vietnam como telón de fondo. La amalgama ideológica de marxismo heterodoxo, anarquismo, feminismo, ecologismo o Black Power –es decir, la nueva izquierda– que tuvo lugar durante la década de los ‘60 llevó a anteponer la acción a la teoría en los intentos de lograr el cambio social y la revolución: El verano del amor, la marcha sobre el Pentágono, la Convención Demócrata del ‘68, Woodstock... La gente recuperó el espíritu de los beats, y también la literatura, con el llamado “nuevo periodismo”, acortando las distancias entre novela e historia.

El poder respondió, esta vez sí, duramente con la criminalización del movimiento hippie y la persecución policial de los movimientos sociales y políticos. El legado de la generación *beat*, que parecía destinado a cambiar el mundo, se fue difuminando ante la violencia del sistema, su propia pérdida de rumbo y la definitiva imposición de una realidad basada en la mediocridad e

instaurada a cuchillo. Con los resquicios de los muros cada vez más minúsculos, casi impenetrables, llegaron la desidia, el abandono y la derrota.

Sin embargo, a pesar de todo, la carretera sigue llamando, porque la carretera no entiende de derrotas y eso era algo que los beats sabían. Las derrotas son parte del viaje y el viaje no acaba hasta que uno se detiene.

Continúa en las canciones, en los libros, en las calles; en quienes se lanzan al camino; en cualquiera que, a veces, piense (sí, piense) en el viejo Kerouac.

Del 'beat' al desencanto

Aullido (Allen Ginsberg, 1956). Prohibido nada más publicarse, en este poema Ginsberg recupera lo marginal para la literatura, pero con mucha más mala uva.

En el camino (Jack Kerouac, 1957). El manifiesto de una generación: la iluminación tiene forma de carretera, jazz y excesos.

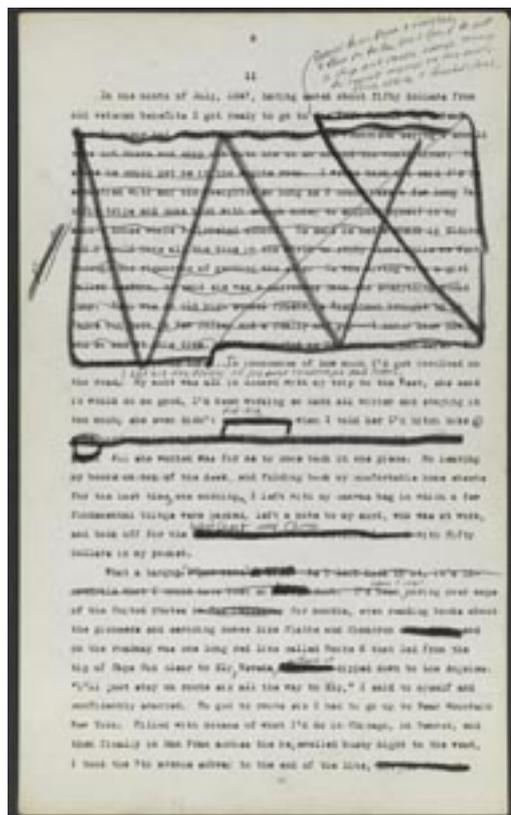
El almuerzo desnudo (William Burroughs, 1959). La novela más beat de Burroughs, en la que explora el lenguaje mientras, a la par, explora también las drogas.

Ponche de ácido lisérgico (Tom Wolfe, 1968). El LSD es el punto de encuentro de un grupo de amigos entre los que destacan los Grateful Dead, Ken Kesey o el mismísimo Neal Cassady.

Los ejércitos de la noche (Norman Mailer, 1968). Mailer analiza, con precisión de cirujano, EE UU en el contexto de las protestas contra la Guerra de Vietnam.

El primer tercio (Neal Cassady, 1971). Publicada de manera póstuma, la autobiografía del "héroe de los beatniks" narra su vida antes de conocer a Kerouac.

Miedo y asco en Las Vegas (1971, Hunter S. Thomson). A la contracultura, perdida ya su inocencia, sólo le queda el sabor en la boca del despertar de un mal sueño.



Temáticos:

[Libros](#)

[Número 126](#)

Edición impresa:

Licencia:

[CC-by-SA](#)

Compartir:

Tipo Artículo:

Normal

Autoría:

[Adrián Bernal](#)

Tipo de artículo:

[Normal](#)